



León Tolstói

El Diablo

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL DIABLO

LEÓN TOLSTÓI

PUBLICADO: 1911

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

ÍNDICE

I	1
II	4
III	5
IV	9
V	12
VI	13
VII	15
VIII	17
IX	18
X	20
XI	22
XII	24
XIII	26
XIV	28
XV	32
XVI	34
XVII	36

XVIII 38

XIX 40

XX 41

XXI 43

Final alternativo 45

I

Una brillante carrera estaba por delante de Eugene Iretnev. Tenía todo lo necesario para alcanzarla: una educación admirable en casa, altos honores al graduarse en derecho en la Universidad de San Petersburgo y conexiones en la alta sociedad a través de su padre recientemente fallecido; también había comenzado a servir en uno de los Ministerios bajo la protección del ministro. Además, tenía una fortuna; incluso grande, aunque insegura. Su padre había vivido en el extranjero y en San Petersburgo, permitiendo a sus hijos, Eugene y Andrew (que era mayor que Eugene y estaba en los Guardias a Caballo), seis mil rublos al año cada uno, mientras él y su esposa gastaban mucho. Solo solía visitar su propiedad por un par de meses en verano y no se preocupaba por su dirección, confiándolo todo a un administrador sin escrúpulos que tampoco se ocupaba de ella, pero en quien tenía plena confianza.

Después de la muerte del padre, cuando los hermanos comenzaron a dividir la propiedad, se descubrieron tantas deudas que su abogado incluso les aconsejó rechazar la herencia y retener solo una finca que les había dejado su abuela, valorada en cien mil rublos. Pero un propietario vecino que había hecho negocios con el viejo Irtenev, es decir, que tenía pagarés de él y había venido a San Petersburgo por ese motivo, dijo que a pesar de las deudas podrían arreglar los asuntos de manera que conservaran una gran fortuna (solo sería necesario vender el bosque y algunas tierras periféricas, conservando la rica finca de Semenov con cuatro mil desiatinas de tierra negra, la fábrica de azúcar y doscientas desiatinas de praderas) si uno se dedicaba a la gestión de la finca, se instalaba allí y la cultivaba de manera sabia y económica.

Así que, habiendo visitado la finca en primavera (su padre había muerto en Cuaresma), Eugene examinó todo, decidió retirarse del Servicio Civil, instalarse en el campo con su madre y emprender la gestión con el objetivo de preservar la finca principal. Arregló con su hermano, con quien tenía una muy buena relación, que le pagaría cuatro mil rublos al año o una suma global de ochenta mil, por la cual Andrew le entregaría su parte de la herencia.

Así arregló las cosas y, habiéndose establecido con su madre en la gran casa, comenzó a gestionar la finca con entusiasmo, pero con cautela.

Generalmente se supone que los conservadores suelen ser personas mayores y que los partidarios del cambio son jóvenes. Eso no es del todo correcto. Usualmente los conservadores son jóvenes: aquellos que quieren vivir pero que no piensan en cómo vivir, y no tienen tiempo para pensar, y por lo tanto toman como modelo para sí mismos una forma de vida que han visto.

Así fue con Eugene. Al establecerse en el pueblo, su objetivo e ideal era restaurar la forma de vida que había existido, no en tiempos de su padre, ya que su padre había sido un mal administrador, sino en los de su abuelo. Y ahora intentaba resucitar el espíritu general de la vida de su abuelo en la casa, el jardín y en la gestión de la finca, por supuesto con cambios adecuados a los tiempos: todo a gran escala, buen orden, método y todos satisfechos. Pero para hacer esto era necesario mucho trabajo. Era necesario atender las demandas de los acreedores y los bancos, y para ello vender algunas tierras y organizar renovaciones de crédito. También era necesario obtener dinero para continuar (en parte arrendando tierras y en parte contratando mano de obra) las inmensas operaciones en la finca de Semenov, con sus cuatrocientas desiatinas de tierra arable y su fábrica de azúcar, y ocuparse del jardín para que no pareciera descuidado o en decadencia.

Había mucho trabajo por hacer, pero Eugene tenía mucha fuerza, física y mental. Tenía veintiséis años, de estatura media, fuertemente construido, con músculos desarrollados por la gimnasia. Estaba lleno de sangre y todo su cuello era muy rojo, sus dientes y labios eran brillantes, y su cabello suave y rizado, aunque no espeso. Su único defecto físico era la miopía, que él mismo había desarrollado al usar lentes, de modo que ahora no podía prescindir de un pince-nez, que ya había formado una línea en el puente de su nariz.

Ese era su físico. Para su retrato espiritual se podría decir que cuanto más lo conocían las personas, más les gustaba. Su madre siempre lo había amado más que a nadie, y ahora, después de la muerte de su esposo, concentraba en él no solo todo su afecto sino toda su vida. Y no solo su madre lo amaba tanto. Todos sus compañeros de la escuela secundaria y la universidad no solo lo querían mucho, sino que lo respetaban. Tenía este efecto en todos los que lo conocían. Era imposible no creer lo que decía, imposible sospechar de engaño o falsedad en alguien que tenía una cara tan abierta y honesta y, en particular, unos ojos así.

En general, su personalidad le ayudaba mucho en sus asuntos. Un acreedor que habría rechazado a otro confiaba en él. El empleado, el anciano del pueblo o un campesino, que habrían jugado una mala pasada y engañado a alguien más, olvidaban engañar bajo la agradable impresión del trato con este hombre amable, agradable y, sobre todo, sincero.

Era finales de mayo. Eugene había logrado de alguna manera en la ciudad liberar la tierra hipotecada, para venderla a un comerciante, y había tomado dinero prestado de ese mismo comerciante para reponer su stock, es decir, para adquirir caballos, toros y carros, y en particular para comenzar a construir una casa de campo necesaria. El asunto había sido arreglado. La madera estaba siendo transportada, los carpinteros ya estaban trabajando y el estiércol para la finca estaba siendo llevado en ochenta carros, pero todo aún colgaba de un hilo.

II

Entre estos asuntos, ocurrió algo que, aunque no era importante, atormentaba a Eugene en ese momento. Como joven, había vivido como viven todos los jóvenes sanos, es decir, había tenido relaciones con mujeres de varios tipos. No era un libertino, pero tampoco, como él mismo decía, era un monje. Sin embargo, solo recurría a esto en la medida en que era necesario para la salud física y para tener la mente libre, como solía decir. Esto había comenzado cuando tenía dieciséis años y había continuado satisfactoriamente, en el sentido de que nunca se había entregado a la disipación, nunca se había enamorado y nunca había contraído una enfermedad. Al principio tuvo una costurera en San Petersburgo, luego ella se echó a perder y él hizo otros arreglos, y ese aspecto de sus asuntos estaba tan bien asegurado que no le preocupaba.

Pero ahora vivía en el campo por segundo mes y no sabía en absoluto qué hacer. La abstinencia obligatoria comenzaba a afectarlo mal.

¿Debía realmente ir a la ciudad con ese propósito? ¿Y a dónde? ¿Cómo? Eso era lo único que lo perturbaba; pero como estaba convencido de que la cosa era necesaria y que la necesitaba, realmente se convirtió en una necesidad, y sintió que no era libre y que sus ojos involuntariamente seguían a cada joven mujer.

No aprobaba tener relaciones con una mujer casada o una sirvienta en su propio pueblo. Sabía por informes que tanto su padre como su abuelo habían sido bastante diferentes en este aspecto de otros terratenientes de esa época. En casa nunca habían tenido enredos con mujeres campesinas, y él

había decidido que tampoco lo haría; pero después, sintiéndose cada vez más bajo compulsión e imaginando con horror lo que podría sucederle en el pueblo vecino, y reflexionando sobre el hecho de que los días de la servidumbre ya habían terminado, decidió que podría hacerlo en el lugar. Solo debía hacerse de manera que nadie lo supiera, y no por disipación sino simplemente por salud, como se decía a sí mismo. Y cuando decidió esto, se volvió aún más inquieto. Al hablar con el anciano del pueblo, los campesinos o los carpinteros, involuntariamente llevaba la conversación hacia las mujeres, y cuando se trataba de mujeres, mantenía el tema en esa línea. Notaba cada vez más a las mujeres.

III

Resolver el asunto en su mente era una cosa, pero llevarlo a cabo era otra. Acercarse él mismo a una mujer era imposible. ¿Cuál? ¿Dónde? Tenía que hacerse a través de alguien más, ¿pero a quién debería hablarle sobre ello?

Sucedió que entró en la cabaña de un guardabosques en el bosque para beber agua. El guardabosques había sido el cazador de su padre, y Eugene Ivánich charló con él, y el hombre comenzó a contar algunas historias extrañas sobre juergas de caza. A Eugene Ivánich se le ocurrió que sería conveniente arreglar las cosas en esta cabaña o en el bosque, solo que no sabía cómo manejarlo y si el viejo Daniel se encargaría del arreglo. "Quizás se horrorizará ante tal propuesta y me habré avergonzado, pero quizás lo acepte con toda sencillez". Así pensó mientras escuchaba las historias de Daniel. Daniel estaba contando cómo una vez, cuando se habían detenido en la cabaña de la esposa del sacristán en un campo lejano, había llevado una mujer para Fedor Zakharich Pryanishnikov.

"Estará bien", pensó Eugene.

"Tu padre, que el reino de los cielos sea suyo, no se metía en tonterías de ese tipo."

"No servirá", pensó Eugene. Pero para probar el asunto, dijo: "¿Cómo es que te metiste en cosas tan malas?"

"Pero ¿qué había de malo en eso? Ella estaba contenta, y Fedor Zakharich estaba satisfecho, muy satisfecho. Conseguí un rublo. ¿Qué iba a ha-

cer? También él es un hombre animado, al parecer, y bebe vino."

"Sí, puedo hablar", pensó Eugene, y enseguida procedió a hacerlo.

"¿Y sabes, Daniel, no sé cómo soportarlo?", -sintió que se ponía rojo.

Daniel sonrió.

"No soy un monje, estoy acostumbrado a eso."

Sintió que lo que decía era estúpido, pero se alegró de ver que Daniel aprobaba.

"Por supuesto, deberías haberme dicho hace mucho tiempo. Todo se puede arreglar", dijo: "solo dime cuál quieres."

"Oh, realmente me da igual. Por supuesto que no una fea, y debe estar sana."

"¡Entendido!" dijo Daniel brevemente. Reflexionó.

"¡Ah! Hay un bocado sabroso", comenzó. De nuevo Eugene se puso rojo.

"Un bocado sabroso. Mira, se casó el otoño pasado". Daniel susurró: "y él no ha podido hacer nada. ¡Piensa lo que eso vale para alguien que lo quiere!"

Eugene incluso frunció el ceño de vergüenza.

"No, no", dijo. "No quiero eso en absoluto. Quiero, al contrario (¿qué podría ser lo contrario?), al contrario solo quiero que ella esté sana y que haya lo menos posible de alboroto, una mujer cuyo marido esté en el ejército o algo por el estilo."

"Sé. Te traeré a Stepanida. Su marido está en la ciudad, igual que un soldado. Y ella es una mujer fina y limpia. Quedarás satisfecho. De hecho, el otro día le estaba diciendo, deberías ir, pero ella..."

"Bueno, entonces, ¿cuándo será?"

"Mañana, si quieres. Iré a comprar tabaco y pasaré por allí, y a la hora del almuerzo ven aquí, o al baño detrás del huerto. No habrá nadie cerca. Además, después del almuerzo todos se echan una siesta."

"Está bien entonces."

Una terrible excitación se apoderó de Eugene mientras volvía a casa. "¿Qué pasará? ¿Cómo será una mujer campesina? ¿Y si resulta ser horrible, espantosa? No, es guapa", se dijo a sí mismo, recordando a algunas que había observado. "Pero ¿qué diré? ¿Qué haré?"

No estuvo en sí todo ese día. Al día siguiente, al mediodía, fue a la cabaña del guardabosques. Daniel estaba en la puerta y silenciosa y significativamente asintió hacia el bosque. La sangre corrió al corazón de Eugene, él era consciente de ello y se dirigió al huerto. No había nadie allí. Fue al baño: no había nadie cerca, miró adentro, salió y de repente escuchó el crujido de una rama que se rompía. Se volvió y ella estaba parada en el matorral más allá del pequeño barranco. Cruzó el barranco corriendo. Había ortigas en él que no había notado. Lo picaron y, perdiendo las gafas de su nariz, subió la ladera del otro lado. Ella estaba allí, con un delantal blanco bordado, una falda marrón rojiza y un pañuelo rojo brillante, descalza, fresca, firme y guapa, y sonriendo tímidamente. "Hay un camino que rodea, deberías haber ido por ahí", dijo. "Llegué hace mucho tiempo, hace muchísimo."

Se acercó a ella y, mirándola, la tocó.

Un cuarto de hora después se separaron; encontró sus gafas, pasó a ver a Daniel y, en respuesta a su pregunta: "¿Estás satisfecho, señor?", le dio un rublo y regresó a casa.

Estaba satisfecho. Solo al principio se había sentido avergonzado, luego había pasado. Y todo había ido bien. Lo mejor era que ahora se sentía tranquilo, vigoroso. En cuanto a ella, ni siquiera la había visto bien. Recordaba que estaba limpia, fresca, no estaba mal, y era sencilla, sin pretensiones. "¿De quién es esposa?", se dijo a sí mismo. "De Pechnikov, dijo Daniel. ¿Qué Pechnikov es ese? Hay dos familias con ese nombre. Probablemente sea la nuera del viejo Michael. Sí, eso debe ser. Su hijo vive en Moscú. Le preguntaré a Daniel en algún momento."

A partir de entonces, ese previamente importante inconveniente de la vida en el campo, la abstinencia obligatoria, fue eliminado. La libertad mental de Eugene ya no estaba perturbada y pudo atender libremente a sus asuntos.

Y el asunto que Eugene había emprendido estaba lejos de ser fácil: antes de que tuviera tiempo de tapar un agujero, uno nuevo aparecía inesperada-

mente, y a veces le parecía que no sería capaz de llevarlo a cabo y que terminaría teniendo que vender la finca después de todo, lo que significaría que todos sus esfuerzos habrían sido en vano y que no había logrado lo que se había propuesto. Esa perspectiva lo perturbaba más que todo.

Todo este tiempo aparecían más y más deudas de su padre inesperadamente. Era evidente que hacia el final de su vida había pedido prestado a diestra y siniestra. En el momento del acuerdo en mayo, Eugene había pensado que al menos conocía todo, pero a mediados del verano recibió una carta de la que se desprende que todavía había una deuda de doce mil rublos con la viuda Esipova. No había pagaré, solo un recibo ordinario que su abogado le dijo que podría ser disputado. Pero Eugene ni siquiera pensó en negarse a pagar una deuda de su padre solo porque el documento podría ser impugnado. Solo quería saber con certeza si realmente había existido esa deuda.

"¡Mamá! ¿Quién es Kaleriya Vladimirovna Esipova?" preguntó a su madre cuando se encontraron como de costumbre para almorzar.

"¿Esipova? La crió tu abuelo. ¿Por qué?"

Eugene le contó a su madre sobre la carta.

"Me sorprende que no tenga vergüenza de pedirlo. ¡Tu padre ya le dio tanto!"

"Pero ¿le debemos esto?"

"Bueno, cómo decirlo... No es una deuda. Papá, por su infinita bondad..."

"Sí, pero ¿consideraba papá que era una deuda?"

"No puedo decir. No lo sé. Solo sé que ya es bastante difícil para ti sin eso."

Eugene vio que Mary Pavlovna no sabía qué decir y, como si estuviera tanteando.

"Veo por lo que dices que debe pagarse", dijo él. "Iré a verla mañana y hablaré con ella, a ver si no puede posponerse."

"¡Ah, cuánto lo siento por ti, pero sabes que eso será lo mejor! Dile que debe esperar", dijo Mary Pavlovna, evidentemente tranquila y orgullosa de la decisión de su hijo.

La posición de Eugene era particularmente difícil porque su madre, que vivía con él, no se daba cuenta en absoluto de su situación. Había estado acostumbrada toda su vida a vivir de manera extravagante y no podía ni imaginarse la posición en la que estaba su hijo, es decir, que hoy o mañana las cosas podrían llegar a tal punto que no les quedaría nada y él tendría que venderlo todo y vivir y mantener a su madre con el salario que pudiera ganar, que como máximo serían dos mil rublos. No entendía que solo podrían salvarse de esa posición reduciendo gastos en todo, por lo que no podía entender por qué Eugene era tan cuidadoso con las pequeñeces, en gastos de jardineros, cocheros, sirvientes, incluso en alimentos. Además, como la mayoría de las viudas, nutría sentimientos de devoción a la memoria de su difunto esposo bastante diferentes de los que había sentido por él en vida, y no admitía la idea de que algo que el difunto había hecho o dispuesto pudiera estar mal o pudiera cambiarse.

Eugene, con grandes esfuerzos, logró mantener el jardín y el invernadero con dos jardineros, y las caballerizas con dos cocheros. Y Mary Pavlovna ingenuamente pensaba que se estaba sacrificando por su hijo y haciendo todo lo que una madre podía hacer, al no quejarse de la comida que preparaba el viejo cocinero, del hecho de que los caminos en el parque no estaban todos limpios y que en lugar de lacayos solo tenían un muchacho.

Así también, con respecto a esta nueva deuda, en la que Eugene veía un golpe casi devastador para todas sus empresas, Mary Pavlovna solo veía un incidente que mostraba la noble naturaleza de Eugene. Además, no sentía mucha ansiedad por la posición de Eugene, porque confiaba en que él haría un matrimonio brillante que arreglaría todo. Y él podría hacer un matrimonio muy brillante: conocía una docena de familias que estarían encantadas de darle sus hijas. Y ella deseaba arreglar el asunto lo antes posible.

IV

Eugene mismo soñaba con el matrimonio, pero no de la misma manera que su madre. La idea de usar el matrimonio como un medio para arreglar sus asuntos le resultaba repulsiva. Deseaba casarse honorablemente, por amor. Observaba a las chicas que conocía y se comparaba con ellas, pero aún no había tomado una decisión. Mientras tanto, contrariamente a sus expectativas, sus relaciones con Stepanida continuaron e incluso adquirieron el carácter de un asunto establecido. Eugene estaba tan lejos de la disipación, le resultaba tan difícil hacer en secreto esta cosa que sentía que estaba mal, que no podía organizar estos encuentros por sí mismo e incluso después del primero esperaba no volver a ver a Stepanida; pero resultó que después de algún tiempo la misma inquietud (debida, creía, a esa causa) lo volvió a vencer. Y su inquietud esta vez ya no era impersonal, sino que sugería precisamente esos mismos brillantes ojos negros, y esa profunda voz diciendo "hace muchísimo tiempo", ese mismo aroma a algo fresco y fuerte, y ese mismo pecho lleno levantando el delantal, y todo esto en ese matorral de avellanos y arces, bañado en brillante luz solar.

Aunque se sentía avergonzado, volvió a acercarse a Daniel. Y nuevamente se fijó una cita a mediodía en el bosque. Esta vez Eugene la observó más detenidamente y todo en ella le pareció atractivo. Intentó hablar con ella y preguntó sobre su marido. Realmente era el hijo de Michael y vivía como cochero en Moscú.

"Entonces, ¿cómo es que tú...", Eugene quería preguntar cómo era que le era infiel.

"¿Qué pasa con 'cómo es que'?" preguntó ella. Evidentemente era inteligente y perspicaz.

"Bueno, ¿cómo es que vienes conmigo?"

"Allí", dijo ella alegremente. "Apuesto a que él se va de juerga allí. ¿Por qué no debería hacerlo yo?"

Evidentemente estaba fingiendo descaro y seguridad, y esto parecía encantador para Eugene. Pero de todos modos, él mismo no fijaba citas con ella. Incluso cuando ella propuso que se encontraran sin la ayuda de Daniel, a quien parecía no tener en muy alta estima, él no aceptó. Esperaba que este encuentro fuera el último. Le gustaba. Pensaba que tal relación era necesaria para él y que no había nada malo en ello, pero en el fondo de su alma había un juez más estricto que no lo aprobaba y esperaba que esta fuera la última vez, o si no esperaba eso, al menos no quería participar en los arreglos para repetirlo otra vez.

Así pasó todo el verano, durante el cual se encontraron una docena de veces y siempre con la ayuda de Daniel. Ocurrió una vez que ella no pudo estar allí porque su marido había vuelto a casa, y Daniel propuso a otra mujer, pero Eugene rechazó la idea con disgusto. Luego el marido se fue y los encuentros continuaron como antes, al principio a través de Daniel, pero luego él simplemente fijaba la hora y ella venía con otra mujer, Prokhovova, ya que no estaba bien que una campesina anduviera sola.

Una vez, justo en el momento fijado para el encuentro, una familia fue a visitar a Mary Pavlovna, con la misma chica que ella deseaba que Eugene se casara, y fue imposible para Eugene escaparse. Tan pronto como pudo hacerlo, salió como si fuera al campo de trilla y rodeó por el camino hasta su lugar de encuentro en el bosque. Ella no estaba allí, pero en el lugar acostumbrado todo lo que estaba a su alcance había sido roto: el aliso negro, las ramas de avellano e incluso un joven arce del grosor de un palo. Ella había esperado, se había emocionado y enojado, y había dejado alegremente un recuerdo. Él esperó y esperó, y luego fue a ver a Daniel para pedirle que la llamara para el día siguiente. Ella vino y era como de costumbre.

Así pasó el verano. Los encuentros siempre se organizaban en el bosque y solo una vez,

cuando se acercaba el otoño, en el cobertizo que estaba en el patio trasero de ella.

No pasó por la cabeza de Eugene que estas relaciones suyas tuvieran alguna importancia para él. Ni siquiera pensaba en ella. Le daba dinero y nada más. Al principio no sabía y no pensaba que el asunto era conocido y que ella era envidiada en todo el pueblo, o que sus parientes tomaban dinero de ella y la alentaban, y que su concepto de pecado en el asunto había sido completamente borrado por la influencia del dinero y la aprobación de su familia. Le parecía que si la gente la envidiaba, entonces lo que estaba haciendo era bueno.

"Es simplemente necesario para mi salud", pensó Eugene. "Reconozco que no está bien, y aunque nadie dice nada, todos, o muchas personas, saben de ello. La mujer que viene con ella lo sabe. Y una vez que lo sabe, seguramente se lo habrá dicho a otros. Pero ¿qué se puede hacer? Estoy actuando mal", pensó Eugene, "pero ¿qué más da? De todos modos, no será por mucho tiempo.

Lo que más perturbaba a Eugene era el pensamiento del marido. Al principio, por alguna razón, le pareció que el marido debía ser un tipo pobre, y esto de alguna manera justificaba parcialmente su conducta. Pero vio al marido y quedó impresionado por su apariencia: era un tipo excelente y bien vestido, en nada peor que él, pero seguramente mejor. En su próximo encuentro, le dijo que había visto a su marido y se había sorprendido de ver que era un tipo tan bueno.

"No hay otro hombre como él en el pueblo", dijo ella con orgullo.

Esto sorprendió a Eugene, y el pensamiento del marido lo atormentó aún más después de eso. Ocurrió que estaba en casa de Daniel un día y Daniel, habiendo comenzado a charlar, le dijo abiertamente:

"Y Michael me preguntó el otro día: '¿Es cierto que el señor está con mi esposa?' Le dije que no lo sabía. 'De todos modos', le dije, 'mejor con el señor que con un campesino.'"

"¿Y qué dijo él?"

"Dijo: 'Espera un poco. Me enteraré y se lo daré igual.'"

"Sí, si el marido volviera a vivir aquí, la dejaría", pensó Eugene.

Pero el marido vivía en la ciudad y por el momento su relación continuó.

"Cuando sea necesario, lo terminaré, y no quedará nada de ello", pensó.

Y esto le parecía cierto, especialmente porque durante todo el verano muchas cosas diferentes lo ocupaban plenamente: la construcción de la nueva granja, la cosecha y la construcción, y sobre todo, hacer frente a las deudas y vender el terreno baldío. Todas estas eran cuestiones que lo absorbían completamente y en las que gastaba sus pensamientos cuando se acostaba y cuando se levantaba. Todo eso era la vida real. Su relación, ni siquiera la llamaba conexión, con Stepanida no le prestaba atención. Es cierto que cuando surgía el deseo de verla, venía con tanta fuerza que no podía pensar en nada más. Pero esto no duraba mucho. Se organizaba un encuentro, y él volvía a olvidarla durante una semana o incluso un mes.

En otoño, Eugene a menudo iba a la ciudad y allí se hizo amigo de los Annenski. Tenían una hija que acababa de terminar el Instituto. Y entonces, para gran pena de Mary Pavlovna, ocurrió que Eugene "se desvalorizó", como ella lo expresó, enamorándose de Liza Annenskaya y proponiéndole matrimonio.

Desde ese momento, sus relaciones con Stepanida cesaron.

V

Es imposible explicar por qué Eugene eligió a Liza Annenskaya, como siempre es imposible explicar por qué un hombre elige a esta y no a aquella mujer. Había muchas razones, tanto positivas como negativas. Una razón era que ella no era una heredera muy rica como la que su madre buscaba para él, otra que era ingenua y digna de lástima en sus relaciones con su madre, otra que no era una belleza que atrajera la atención general sobre sí misma, y sin embargo, no estaba mal. Pero la principal razón era que su conocimiento de ella comenzó en el momento en que estaba listo para casarse. Se enamoró porque sabía que se casaría.

Liza Annenskaya era al principio simplemente agradable para Eugene, pero cuando decidió hacerla su esposa, sus sentimientos por ella se hicieron mucho más fuertes. Sentía que estaba enamorado.

Liza era alta, esbelta y larga. Todo en ella era largo; su rostro, y su nariz (no prominente sino hacia abajo), y sus dedos, y sus pies. El color de su rostro era muy delicado, blanco cremoso y delicadamente rosado; tenía cabello largo, suave y rizado, de color marrón claro, y ojos hermosos, claros, suaves y confiados. Esos ojos, especialmente, impresionaron a Eugene, y cuando pensaba en Liza siempre veía esos ojos claros, suaves y confiados.

Así era ella físicamente; no sabía nada de ella espiritualmente, solo veía esos ojos. Y esos ojos parecían decirle todo lo que necesitaba saber. El significado de su expresión era este: Aún en el Instituto, cuando tenía quince años, Liza solía enamorarse continuamente de todos los hombres atractivos que conocía y se sentía animada y feliz solo cuando estaba enamorada. Des-

pués de dejar el Instituto, continuó enamorándose de la misma manera de todos los jóvenes que conocía y, por supuesto, se enamoró de Eugene tan pronto como lo conoció. Fue este estar enamorada lo que le dio a sus ojos esa expresión particular que cautivó tanto a Eugene. Ya ese invierno había estado enamorada de dos jóvenes al mismo tiempo, y se ruborizaba y se emocionaba no solo cuando ellos entraban en la habitación, sino cada vez que se mencionaban sus nombres. Pero después, cuando su madre le insinuó que Irtenev parecía tener intenciones serias, su amor por él aumentó tanto que se volvió casi indiferente a las dos atracciones anteriores, y cuando Irtenev comenzó a venir a sus bailes y fiestas y bailaba con ella más que con otras y evidentemente solo deseaba saber si ella lo amaba, su amor por él se volvió doloroso. Soñaba con él en su sueño y parecía verlo cuando estaba despierta en una habitación oscura, y todos los demás desaparecían de su mente. Pero cuando él le propuso matrimonio y se comprometieron formalmente, y cuando se besaron y se convirtieron en pareja de novios, entonces no tuvo más pensamientos que para él, ningún deseo más que estar con él, amarlo y ser amada por él. También estaba orgullosa de él y se sentía emocionada por él y por ella misma y por su amor, y se derretía y se sentía desfallecer por el amor que sentía por él.

Cuanto más la conocía, más la amaba. No había esperado en absoluto encontrar tal amor, y fortalecía su propio sentimiento aún más.

VI

Hacia la primavera, Eugene fue a su propiedad en Semenovskoe para echar un vistazo y dar instrucciones sobre la gestión, y especialmente sobre la casa que se estaba arreglando para su boda.

Mary Pavlovna estaba insatisfecha con la elección de su hijo, no solo porque el matrimonio no era tan brillante como podría haber sido, sino también porque no le gustaba Varvara Alexeevna, su futura suegra. No sabía si era amable o no y no podía decidirlo, pero veía desde su primer encuentro que no era bien educada, no **comme il faut** -- "no una dama", como Mary Pavlovna se decía a sí misma, y esto la angustiaba; la angustiaba porque estaba acostumbrada a valorar la educación y sabía que Eugene era sensible a ella, y preveía que él sufriría muchas molestias por esta razón. Pero le gustaba la chica. Principalmente porque a Eugene le gustaba. No se podía evitar amarla, y Mary Pavlovna estaba sinceramente dispuesta a hacerlo.

Eugene encontró a su madre contenta y de buen humor. Estaba ordenando todo en la casa y preparándose para irse ella misma tan pronto como él trajera a su joven esposa. Eugene la persuadió para que se quedara por el momento, y el futuro quedó sin decidir.

Por la tarde, después del té, Mary Pavlovna jugaba a la paciencia como de costumbre. Eugene se sentó a su lado, ayudándola. Esa era la hora de sus conversaciones más íntimas. Habiendo terminado un juego y mientras se preparaba para comenzar otro, ella lo miró y, con un poco de vacilación, comenzó así:

"Quería decirte, Jenya, por supuesto, no lo sé, pero en general quería sugerirte, que antes de tu boda es absolutamente necesario terminar con todos tus asuntos de soltero para que nada te perturbe ni a ti ni a tu esposa. Dios no lo quiera. ¿Me entiendes?"

Y de hecho, Eugene entendió de inmediato que Mary Pavlovna estaba insinuando sus relaciones con Stepanida, que habían terminado en el otoño anterior, y que ella atribuía mucha más importancia a esas relaciones de la que merecían, como siempre hacen las mujeres solitarias. Eugene se sonrojó, no tanto por vergüenza como por irritación de que la bondadosa Mary Pavlovna estuviera preocupándose, sin duda por afecto, pero aún así preocupándose por asuntos que no eran de su incumbencia y que no entendía ni podía entender. Respondió que no había nada que necesitara ocultarse y que siempre se había conducido de manera que no hubiera nada que impidiera su matrimonio.

"Bien, querido, eso es excelente. Solo, Jenya... no te enojas conmigo", dijo Mary Pavlovna, y se detuvo confundida.

Eugene vio que no había terminado y que no había dicho lo que quería. Y esto se confirmó cuando, un poco más tarde, ella comenzó a contarle cómo, en su ausencia, le habían pedido que fuera madrina en... la casa de los Pechnikov.

Eugene se sonrojó de nuevo, no con irritación o vergüenza esta vez, sino con una extraña conciencia de la importancia de lo que estaba a punto de serle dicho, una conciencia involuntaria completamente en desacuerdo con sus conclusiones. Y lo que esperaba sucedió. Mary Pavlovna, como si solo fuera parte de la conversación, mencionó que este año solo nacían varones, evidentemente una señal de una guerra próxima. Tanto en la casa de los Vasins como en la de los Pechnikov, la joven esposa había tenido un primer hijo, en cada casa un niño. Mary Pavlovna quería decir esto casualmente, pero ella misma se sintió avergonzada cuando vio el color subir a la cara de su hijo y lo vio quitarse nerviosamente, golpear y volver a ponerse las gafas y encender apresuradamente un cigarrillo. Se quedó en silencio. Él también estaba en silencio y no podía pensar cómo romper ese silencio. Así que ambos entendieron que se habían entendido.

"Sí, lo principal es que haya justicia y no favoritismos en el pueblo, como en tiempos de tu abuelo".

"Mamá", dijo Eugene de repente, "sé por qué estás diciendo esto. No necesitas preocuparte. Mi futura vida familiar es tan sagrada para mí que no la infringiría en ningún caso. Y en cuanto a lo que ocurrió en mis días de soltero, eso ha terminado completamente. Nunca formé ninguna unión y nadie tiene ningún reclamo sobre mí".

"Bueno, me alegro", dijo su madre. "Sé cuán nobles son tus sentimientos".

Eugene aceptó las palabras de su madre como un tributo debido a él y no respondió.

Al día siguiente, mientras conducía a la ciudad, pensaba en su prometida y en cualquier cosa del mundo excepto en Stepanida. Pero, como si fuera a propósito para recordárselo, al acercarse a la iglesia, se encontró con gente caminando y volviendo de ella. Vio a Matvey el Viejo con Simón, algunos muchachos y chicas, y luego a dos mujeres, una mayor, la otra, que le parecía familiar, bien vestida y con un pañuelo rojo brillante. Esta mujer caminaba con ligereza y audacia, llevando a un niño en brazos. Se acercó a ellas y la mujer mayor se inclinó, deteniéndose a la manera antigua, pero la joven con el niño solo inclinó la cabeza, y debajo del pañuelo brillaban unos ojos familiares, alegres y sonrientes.

Sí, era ella, pero todo eso había terminado y no tenía sentido mirarla: "y el niño podría ser mío", cruzó por su mente. No, ¡qué tontería! Ahí estaba su marido, ella solía verlo. Ni siquiera consideró más el asunto, tan asentado estaba en su mente que había sido necesario para su salud, le había pagado dinero y no había más que decir; no había, no había habido, y no podía haber ninguna cuestión de unión entre ellos. No era que sofocara la voz de la conciencia, no, su conciencia simplemente no le decía nada. Y no volvió a pensar más en ella después de la conversación con su madre y este encuentro. Tampoco la volvió a ver.

Eugene se casó en la ciudad la semana después de Pascua y se fue inmediatamente con su joven esposa a su finca. La casa se había arreglado como de costumbre para una pareja joven. Mary Pavlovna deseaba irse, pero Eugene le pidió que se quedara, y Liza aún más fuertemente, y ella solo se mudó a una ala separada de la casa.

Y así comenzó una nueva vida para Eugene.

VII

El primer año de matrimonio fue difícil para Eugene. Fue duro porque los asuntos que había logrado posponer durante su cortejo, ahora, después de su matrimonio, le cayeron encima todos a la vez.

Era imposible escapar de las deudas. Se vendió una parte remota de la propiedad y se cumplieron las obligaciones más urgentes, pero quedaron otras y no tenía dinero. La finca generaba buenos ingresos, pero había tenido que enviar pagos a su hermano y gastar en su propio matrimonio, por lo que no había dinero disponible y la fábrica no podía seguir funcionando y tendría que cerrarse. La única salida era usar el dinero de su esposa; y Liza, habiendo comprendido la situación de su marido, insistió en ello ella misma. Eugene accedió, pero solo con la condición de darle a ella una hipoteca sobre la mitad de su finca, lo cual hizo. Por supuesto, esto se hizo no por el bien de su esposa, que se sintió ofendida por ello, sino para apaciguar a su suegra.

Estos asuntos, con varias fluctuaciones de éxito y fracaso, ayudaron a envenenar la vida de Eugene ese primer año. Otro problema fue la mala salud de su esposa. Ese mismo primer año, siete meses después de su matrimonio, Liza sufrió una desgracia. Estaba yendo a encontrarse con su esposo en su regreso de la ciudad, y el caballo tranquilo se volvió un poco juguetón y ella se asustó y saltó. Su salto fue relativamente afortunado, podría haber sido atrapada por la rueda, pero estaba embarazada, y esa misma noche comenzaron los dolores y tuvo un aborto espontáneo del cual tardó mucho en recuperarse. La pérdida del esperado hijo y la enfermedad de su esposa, junto con el desorden en sus asuntos y, sobre todo, la presencia de su suegra, que

llegó tan pronto como Liza se enfermó, todo esto junto hizo el año aún más difícil para Eugene.

Pero a pesar de estas circunstancias difíciles, hacia el final del primer año Eugene se sentía muy bien. En primer lugar, su anhelada esperanza de restaurar su fortuna caída y renovar el estilo de vida de su abuelo en una nueva forma, estaba acercándose a su realización, aunque lentamente y con dificultad. Ya no se planteaba la cuestión de tener que vender toda la finca para pagar las deudas. La finca principal, aunque transferida al nombre de su esposa, estaba a salvo, y si solo la cosecha de remolacha tenía éxito y el precio se mantenía, para el próximo año su posición de carencia y estrés podría ser reemplazada por una de completa prosperidad. Eso era una cosa.

Otra era que, por mucho que esperara de su esposa, nunca había esperado encontrar en ella lo que realmente encontró. No encontró lo que esperaba, sino algo mucho mejor. Los arrebatos de amor, aunque intentaba provocarlos, no ocurrían o eran muy leves, pero descubrió algo completamente diferente, a saber, que no solo estaba más alegre y feliz, sino que le resultaba más fácil vivir. No sabía por qué debía ser así, pero lo era.

Y era así porque inmediatamente después del matrimonio, su esposa decidió que Eugene Irtenev era superior a cualquier otra persona en el mundo: más sabio, puro y noble que ellos, y que, por lo tanto, era correcto que todos lo sirvieran y complacieran; pero como era imposible hacer que todos hicieran esto, ella misma debía hacerlo hasta el límite de sus fuerzas. Y lo hizo; dirigiendo toda su fuerza mental a aprender y adivinar lo que a él le gustaba, y luego haciendo exactamente eso, lo que fuera y por difícil que pudiera ser.

Ella tenía el don que proporciona el principal deleite del trato con una mujer amorosa: gracias a su amor por su marido, penetró en su alma. Conocía cada estado y cada matiz de sentimiento de él, mejor, parecía a él, que él mismo, y se comportaba en consecuencia y por lo tanto nunca hirió sus sentimientos, sino que siempre aliviaba sus angustias y fortalecía sus alegrías. Y entendía no solo sus sentimientos sino también sus alegrías. Cosas completamente ajenas a ella, relacionadas con la agricultura, la fábrica o la valoración de otros, las entendía de inmediato de modo que no solo podía conversar con él, sino que a menudo, como él mismo decía, ser una consejera útil e insustituible. Consideraba los asuntos, las personas y todo en el mun-

do solo a través de los ojos de él. Amaba a su madre, pero al ver que Eugene no le gustaba la interferencia de su suegra en su vida, inmediatamente tomó el lado de su esposo, y lo hizo con tal decisión que él tuvo que contenerla.

Además de todo esto, ella tenía muy buen gusto, mucho tacto y, sobre todo, tenía reposo. Todo lo que hacía, lo hacía sin ser notada; solo se observaban los resultados de lo que hacía, es decir, que siempre y en todo había limpieza, orden y elegancia. Liza había entendido de inmediato en qué consistía el ideal de vida de su esposo y trató de lograrlo, y en la disposición y el orden de la casa lo logró. Es cierto que faltaban niños, pero también había esperanza de eso. En invierno fue a San Petersburgo a ver a un especialista y él les aseguró que estaba completamente bien y que podía tener hijos.

Y este deseo se cumplió. Al final del año, estaba embarazada de nuevo.

Lo único que amenazaba, por no decir envenenaba, su felicidad era su celos, una celosía que reprimía y no mostraba, pero por la que a menudo sufría. No solo Eugene no podía amar a ninguna otra mujer, porque no había ninguna mujer en la tierra digna de él (en cuanto a si ella misma era digna o no, nunca se lo preguntó a sí misma), sino que ninguna mujer, por lo tanto, podía atreverse a amarlo.

VIII

Así vivían: él se levantaba temprano, como siempre había hecho, y se ocupaba de la granja o de la fábrica donde se realizaban trabajos, o a veces iba a los campos. Alrededor de las diez volvía para tomar su café, que tomaban en la terraza: Mary Pavlovna, un tío que vivía con ellos y Liza. Después de una conversación que a menudo era muy animada mientras tomaban su café, se dispersaban hasta la hora de la comida. A las dos almorzaban y luego salían a caminar o a dar un paseo en coche. Por la noche, cuando él regresaba de la oficina, tomaban su té y a veces él leía en voz alta mientras ella trabajaba, o cuando había invitados, tenían música o conversación. Cuando él se iba por negocios, escribía a su esposa y recibía cartas de ella todos los días. A veces ella lo acompañaba, y entonces eran particularmente alegres. En el día de su santo y en el de ella se reunían invitados, y a él le complacía ver cómo ella lograba organizar las cosas de manera que a todos les gustara venir. Veía y escuchaba que todos la admiraban, la joven y agradable anfitriona, y la amaba aún más por esto.

Todo iba excelentemente. Ella llevaba su embarazo con facilidad y, aunque tenían miedo, ambos comenzaron a hacer planes sobre cómo criarían al niño. El sistema de educación y los arreglos fueron decididos por Eugene, y su único deseo era llevar a cabo obedientemente sus deseos. Eugene, por su parte, leyó obras médicas e intentó criar al niño de acuerdo con todos los preceptos de la ciencia. Ella, por supuesto, estuvo de acuerdo con todo y se preparó, haciendo "envolturas" cálidas y también frescas, y preparando una cuna. Así llegó el segundo año de su matrimonio y la segunda primavera.

IX

Era justo antes del Domingo de la Trinidad. Liza estaba en su quinto mes y, aunque tenía cuidado, todavía estaba activa y ágil. Tanto su madre como la de él vivían en la casa, pero bajo el pretexto de cuidarla y protegerla, solo la alteraban con sus disputas. Eugene estaba especialmente absorto en un nuevo experimento para el cultivo de remolacha azucarera a gran escala.

Justo antes de la Trinidad, Liza decidió que era necesario hacer una limpieza a fondo de la casa, ya que no se había hecho desde la Pascua, y contrató a dos mujeres por día para ayudar a los sirvientes a lavar los suelos y ventanas, golpear los muebles y alfombras, y ponerles fundas. Estas mujeres llegaron temprano en la mañana, calentaron las calderas y se pusieron a trabajar. Una de las dos era Stepanida, quien acababa de destetar a su niño y había pedido el trabajo de lavar los suelos a través del oficinista, con quien ahora mantenía relaciones. Quería echar un buen vistazo a la nueva señora. Stepanida vivía por su cuenta como antes, su marido estaba fuera, y seguía en sus andanzas como había estado primero con el viejo Daniel (quien una vez la había sorprendido robando algunos troncos de leña), luego con el patrón, y ahora con el joven oficinista. Ya no se preocupaba por su amo. "Ahora él tiene esposa", pensó. Pero sería bueno echar un vistazo a la dama y a su establecimiento: la gente decía que estaba bien organizado.

Eugene no la había visto desde que se encontró con ella y el niño. Al tener un bebé al que atender, no había salido a trabajar, y él rara vez caminaba por el pueblo. Esa mañana, en la víspera del Domingo de la Trinidad, se levantó a las cinco y fue a caballo a la tierra en barbecho que iba a ser rociada

con fosfatos, y había dejado la casa antes de que las mujeres estuvieran en movimiento y mientras aún estaban encendiendo los fuegos de las calderas.

Regresó al desayuno alegre, contento y hambriento; desmontando de su yegua en la puerta y entregándosela al jardinero. Golpeando la alta hierba con su látigo y repitiendo una frase que acababa de pronunciar, como uno a menudo hace, caminó hacia la casa. La frase era: "los fosfatos justifican"... qué o a quién, ni lo sabía ni lo reflexionaba.

Estaban golpeando una alfombra en el césped. Los muebles habían sido sacados.

"¡Vaya! ¡Qué limpieza ha emprendido Liza!... Los fosfatos justifican... ¡Qué administradora es! Sí, una administradora", se dijo a sí mismo, imaginando vívidamente a ella en su bata blanca y con su rostro sonriente y alegre, como casi siempre lo estaba cuando él la miraba. "Sí, debo cambiarme las botas, o de lo contrario 'los fosfatos justifican', es decir, huelen a estiércol, y la administradora en tal condición. ¿Por qué 'en tal condición'? Porque un nuevo pequeño Irtenev está creciendo allí dentro de ella", pensó. "Sí, los fosfatos justifican", y sonriendo a sus pensamientos, puso su mano en la puerta de su habitación.

Pero no tuvo tiempo de empujar la puerta antes de que se abriera por sí misma y se encontró cara a cara con una mujer que venía hacia él llevando un cubo, descalza y con las mangas arremangadas. Se apartó para dejarla pasar y ella también se apartó, ajustando su pañuelo con una mano mojada.

"Adelante, adelante, no entraré si tú...", comenzó Eugene y de repente se detuvo, reconociéndola.

Ella le lanzó una mirada alegre con sus ojos sonrientes y, bajando su falda, salió por la puerta.

"¡Qué tontería!... Es imposible", se dijo Eugene a sí mismo, frunciendo el ceño y agitando la mano como para deshacerse de una mosca, molesto por haberla notado. Estaba irritado por haberla notado y, sin embargo, no podía apartar los ojos de su cuerpo fuerte, balanceado por sus ágiles pasos, de sus pies descalzos, o de sus brazos y hombros, y los pliegues agradables de su camisa y la falda bien subida sobre sus pantorrillas blancas.

"Pero ¿por qué estoy mirando?", se dijo a sí mismo, bajando los ojos para no verla. "Y de todos modos, debo entrar para conseguir otras botas". Y dio

media vuelta para entrar en su habitación, pero no había dado cinco pasos cuando volvió a mirar para echarle otro vistazo sin saber por qué ni para qué. Ella estaba justo doblando la esquina y también lo miró.

"¡Ah, qué estoy haciendo!", se dijo a sí mismo. "Ella puede pensar... Incluso es seguro que ya piensa..."

Entró en su húmeda habitación. Otra mujer, vieja y flaca, estaba allí, y todavía la estaba lavando. Eugene pasó de puntillas sobre el suelo, mojado con agua sucia, hasta la pared donde estaban sus botas, y estaba a punto de salir de la habitación cuando la mujer misma salió.

"Esta se ha ido y la otra, Stepanida, vendrá aquí sola", empezó a reflexionar alguien dentro de él.

"¡Dios mío, en qué estoy pensando y qué estoy haciendo!" Agarró sus botas y salió corriendo con ellas al pasillo, se las puso allí, se cepilló y salió a la terraza donde ambas mamás ya estaban tomando café. Liza evidentemente lo había estado esperando y salió a la terraza por otra puerta al mismo tiempo.

"¡Dios mío! Si ella, que me considera tan honorable, puro e inocente, si solo supiera..." —pensó él.

Liza, como de costumbre, lo recibió con un rostro radiante. Pero hoy de alguna manera le pareció particularmente pálida, amarilla, larga y débil.

X

Durante el café, como a menudo sucedía, se desarrollaba un tipo de conversación peculiarmente femenina que no tenía una secuencia lógica pero que evidentemente estaba conectada de alguna manera, ya que continuaba ininterrumpidamente. Las dos ancianas se lanzaban puyas entre sí, y Liza maniobraba hábilmente entre ellas.

"Estoy tan molesta de que no hayamos terminado de lavar tu habitación antes de que regresaras", le dijo a su esposo. "Pero quiero tanto tener todo arreglado".

"¿Dormiste bien después de que me levanté?"

"Sí, dormí bien y me siento bien".

"¿Cómo puede estar bien una mujer en su condición durante este calor insoportable, cuando sus ventanas dan al sol?", dijo Varvara Alexeevna, su madre. "Y no tienen persianas ni toldos. Yo siempre tuve toldos".

"Pero ya sabes que estamos a la sombra después de las diez", dijo Mary Pavlovna.

"Eso es lo que causa fiebre; proviene de la humedad", dijo Varvara Alexeevna, sin notar que lo que estaba diciendo no concordaba con lo que acababa de decir. "Mi médico siempre dice que es imposible diagnosticar una enfermedad a menos que se conozca al paciente. Y ciertamente lo sabe, porque es el médico principal y le pagamos cien rublos por visita. Mi difunto esposo no creía en los médicos, pero no me escatimaba nada".

"¿Cómo puede un hombre escatimar algo a una mujer cuando quizás su vida y la del niño dependen..."

"Sí, cuando tiene medios, una esposa no necesita depender de su esposo. Una buena esposa se somete a su esposo", dijo Varvara Alexeevna. "Solo que Liza es demasiado débil después de su enfermedad".

"Oh no, mamá, me siento bastante bien. Pero ¿por qué no te han traído crema hervida?"

"No quiero ninguna. Puedo conformarme con crema cruda".

"Yo le ofrecí a Varvara Alexeevna, pero ella rechazó", dijo Mary Pavlovna, como si se justificara.

"No, hoy no quiero". Y como si quisiera terminar una conversación desagradable y ceder magnánimamente, Varvara Alexeevna se dirigió a Eugene y dijo: "Bueno, ¿y has esparcido los fosfatos?"

Liza corrió a buscar la crema.

"Pero no la quiero. No la quiero".

"Liza, Liza, ve con cuidado", dijo Mary Pavlovna. "Esos movimientos rápidos le hacen daño".

"Nada hace daño si la mente está en paz", dijo Varvara Alexeevna como si se refiriera a algo, aunque sabía que no había nada a lo que sus palabras pudieran referirse.

Liza regresó con la crema y Eugene bebió su café y escuchó malhumorado. Estaba acostumbrado a estas conversaciones, pero hoy estaba particularmente molesto por su falta de sentido. Quería reflexionar sobre lo que le había sucedido, pero este parloteo lo perturbaba. Varvara Alexeevna terminó su café y se fue de mal humor. Liza, Eugene y Mary Pavlovna se quedaron atrás, y su conversación fue sencilla y agradable. Pero Liza, siendo sensible, notó de inmediato que algo atormentaba a Eugene y le preguntó si algo desagradable había sucedido. Él no estaba preparado para esta pregunta y dudó un poco antes de responder que no había pasado nada. Esta respuesta hizo que Liza pensara aún más. Que algo lo estaba atormentando, y mucho, era tan evidente para ella como que una mosca había caído en la leche, pero él no quería hablar de ello. ¿Qué podía ser?

XI

Después del desayuno, todos se dispersaron. Eugene, como de costumbre, fue a su estudio, pero en lugar de comenzar a leer o escribir sus cartas, se sentó a fumar un cigarrillo tras otro y a pensar. Estaba terriblemente sorprendido y perturbado por la recrudescencia inesperada dentro de él del mal sentimiento del cual había pensado que estaba libre desde su matrimonio. Desde entonces, no había experimentado ese sentimiento ni una sola vez, ni por ella, la mujer que había conocido, ni por ninguna otra mujer excepto su esposa. A menudo se había sentido contento por esta liberación, y ahora, de repente, un encuentro casual, aparentemente tan poco importante, le reveló que no estaba libre. Lo que ahora lo atormentaba no era que estuviera cediendo a ese sentimiento y la deseaba, no soñaba con hacerlo, sino que el sentimiento estaba despierto dentro de él y tenía que estar alerta contra él. No tenía dudas de que lo suprimiría.

Tenía una carta que responder y un documento que escribir, y se sentó en su escritorio y comenzó a trabajar. Después de terminar y haber olvidado completamente lo que lo había perturbado, salió para ir a los establos. Y de nuevo, como por mala suerte, ya sea por casualidad desafortunada o intencionalmente, tan pronto como salió del porche apareció una falda roja y un pañuelo rojo de la esquina, y ella pasó junto a él balanceando sus brazos y moviendo su cuerpo. No solo pasó junto a él, sino que al pasar corrió, como jugando, para alcanzar a su compañera de trabajo.

Nuevamente, el brillante mediodía, las ortigas, la parte trasera de la cabaña de Daniel y, a la sombra de los árboles, su rostro sonriente mordiendo algunas hojas, surgieron en su imaginación.

"No, es imposible dejar las cosas continuar así", se dijo a sí mismo, y esperando hasta que las mujeres hubieran desaparecido de la vista, fue a la oficina.

Era justo la hora de la comida y esperaba encontrar al administrador todavía allí, y así fue. El administrador acababa de despertar de su siesta después de la comida, y estirándose y bostezando estaba de pie en la oficina, mirando al vaquero que le estaba contando algo.

"¡Vasili Nikolaich!" dijo Eugene al administrador.

"¿Qué desea?"

"Termine lo que está diciendo".

"¿No vas a traerlo?" dijo Vasili Nikolaich al vaquero.

"Es pesado, Vasili Nikolaich".

"¿De qué se trata?" preguntó Eugene.

"Ah, una vaca ha parido en el prado. Bueno, está bien, ordenaré que enganchen un caballo enseguida. Dile a Nicholas Lysukh que saque el carro." El vaquero salió.

"Sabe," comenzó Eugene, sonrojándose y consciente de ello, "sabe, Vasili Nikolaich, cuando yo era soltero me desvié un poco del camino... Quizás haya oído..."

Vasili Nikolaich, evidentemente compadecido de su patrón, dijo con ojos sonrientes: "¿Se trata de Stepanida?"

"Pues sí. Mire, por favor, no la contrate para ayudar en la casa. Usted entiende, es muy incómodo para mí..." "Sí, debe haber sido Vanya el oficinista quien lo arregló." "Sí, por favor... y ¿no sería mejor esparcir el resto del fosfato?" dijo Eugene, para ocultar su confusión.

"Sí, justo ahora voy a ocuparme de eso".

Así terminó el asunto, y Eugene se calmó, esperando que, como había vivido un año sin verla, así seguirían las cosas ahora. "Además, Vasili Nikolaich hablará con Ivan el oficinista; Ivan le hablará a ella, y ella entenderá que no lo quiero", se dijo Eugene a sí mismo, y se alegró de haberse obligado a hablar con Vasili Nikolaich, aunque había sido difícil hacerlo.

"Sí, es mejor, mucho mejor, que ese sentimiento de duda, ese sentimiento de vergüenza". Se estremeció solo de recordar su pecado en pensamiento.

XII

El esfuerzo moral que Eugene había hecho para superar su vergüenza y hablar con Vasili Nikolaich lo tranquilizó. Le pareció que el asunto había terminado ahora. Liza notó de inmediato que él estaba bastante tranquilo e incluso más feliz que de costumbre. "Sin duda, se sintió molesto por las pullas entre nuestras madres. Realmente es desagradable, especialmente para él, que es tan sensible y noble, siempre escuchar insinuaciones tan hostiles y mal educadas", pensó ella.

Al día siguiente era el Domingo de la Trinidad. Era un día hermoso, y las campesinas, camino al bosque para trenzar coronas, llegaron, según la costumbre, a la casa del terrateniente y comenzaron a cantar y bailar. Mary Pavlovna y Varvara Alexeevna salieron al porche con ropa elegante, llevando parasoles, y se acercaron al círculo de cantantes. Con ellas, vestido con una chaqueta de seda china, salió el tío, un libertino y borracho flácido, que vivía ese verano con Eugene.

Como de costumbre, había un anillo brillante y multicolor de mujeres y chicas jóvenes, el centro de todo, y alrededor de estas, desde diferentes lados como planetas acompañantes que se habían desprendido y estaban girando, iban chicas de la mano, susurrando en sus vestidos nuevos de algodón; muchachos riéndose y corriendo de un lado a otro; jóvenes robustos con abrigos azul oscuro o negros y gorras y camisas rojas, escupiendo sin cesar cáscaras de semillas de girasol; y los sirvientes domésticos u otros espectadores observando el círculo de baile desde un lado. Ambas ancianas se acercaron al círculo, y Liza las acompañó en un vestido azul claro, con cin-

tas azules claras en la cabeza y mangas anchas bajo las cuales eran visibles sus largos brazos blancos y codos angulosos.

Eugene no quería salir, pero era ridículo esconderse, y él también salió al porche fumando un cigarrillo, saludó a los hombres y muchachos y conversó con uno de ellos. Mientras tanto, las mujeres gritaban una canción de baile con todas sus fuerzas, chasqueando los dedos, aplaudiendo y bailando.

"Están llamando al patrón", dijo un joven acercándose a la esposa de Eugene, quien no había notado el llamado. Liza llamó a Eugene para que viera el baile y a una de las bailarinas que le gustaba especialmente. Esta era Stepanida. Llevaba una falda amarilla, un chaleco sin mangas de terciopelo y un pañuelo de seda, y era ancha, enérgica, sonrosada y alegre. Sin duda, bailaba bien. Él no veía nada.

"Sí, sí", dijo, quitándose y volviendo a ponerse las gafas. "Sí, sí", repitió. "Así que parece que no puedo librarme de ella", pensó.

No la miró, temiendo su atracción, y justamente por eso lo que su mirada fugaz captó de ella le pareció especialmente atractivo. Además de esto, vio por su mirada chispeante que ella lo veía y veía que él la admiraba. Se quedó allí el tiempo que la decencia lo exigía, y al ver que Varvara Alexeevna la había llamado "mi querida" sin sentido ni sinceridad y estaba hablando con ella, se apartó y se fue.

Entró en la casa para no verla, pero al llegar al piso superior se acercó a la ventana, sin saber cómo ni por qué, y mientras las mujeres permanecieron en el porche, estuvo allí de pie mirándola y mirándola, deleitándose con la vista de ella.

Corrió, mientras nadie lo veía, y luego caminó con pasos tranquilos hasta la terraza y desde allí, fumando un cigarrillo, pasó por el jardín como si fuera a dar un paseo y siguió la dirección que ella había tomado. No había dado dos pasos por el sendero antes de notar detrás de los árboles un chaleco sin mangas de terciopelo, con una falda rosa y amarilla y un pañuelo rojo. Ella iba a algún lugar con otra mujer. "¿A dónde van?"

Y de repente, un terrible deseo lo abrasó como si una mano estuviera apretando su corazón. Como si fuera por el deseo de alguien más, miró a su alrededor y se dirigió hacia ella.

"Eugene Ivanich, Eugene Ivanich. He venido a ver a su excelencia", dijo una voz detrás de él, y Eugene, viendo al viejo Samokhin que estaba cavando un pozo para él, se recompuso y girando rápidamente fue a su encuentro. Mientras hablaba con él, se giró de lado y vio que ella y la mujer que estaba con ella bajaban por la pendiente, evidentemente hacia el pozo o usando el pozo como excusa, y después de detenerse allí un rato, corrieron de regreso al círculo de baile.

XIII

Después de hablar con Samokhin, Eugene regresó a la casa tan deprimido como si hubiera cometido un crimen. En primer lugar, ella lo había entendido, creyó que él quería verla y lo deseaba ella misma. En segundo lugar, esa otra mujer, Anna Prokhorova, evidentemente sabía de ello.

Sobre todo, se sentía conquistado, que no era dueño de su propia voluntad, sino que había un poder ajeno moviéndolo, que había sido salvado solo por buena suerte, y que si no era hoy, sería mañana o un día después, perecería de todas formas.

"Sí, perecer", no lo entendía de otra manera: ser infiel a su joven y amorosa esposa con una campesina en el pueblo, a la vista de todos, ¿qué era sino perecer, perecer completamente, de modo que sería imposible vivir? No, algo debía hacerse.

"¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué debo hacer? ¿Puede ser que vaya a perecer así?" se decía a sí mismo. ¿No es posible hacer algo? Sin embargo, algo debía hacerse. "No pienses en ella", se ordenó a sí mismo. "¡No pienses!" e inmediatamente comenzó a pensar y a verla ante él, y a ver también la sombra del plátano.

Recordó haber leído sobre un ermitaño que, para evitar la tentación que sentía por una mujer a la que tenía que ponerle la mano para curarla, metió su otra mano en un brasero y se quemó los dedos. Recordó eso. "Sí, estoy dispuesto a quemarme los dedos en lugar de perecer". Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie en la habitación, encendió una vela y puso un dedo en la llama. "Ahora piensa en ella", se dijo a sí mismo iróni-

camente. Le dolió y retiró su dedo ahumado, tiró la cerilla y se rió de sí mismo. ¡Qué tontería! Eso no era lo que tenía que hacer. Pero era necesario hacer algo, evitar verla, ya sea irse él mismo o enviarla a ella. Sí, enviarla. Ofrecerle dinero a su marido para mudarse a la ciudad o a otro pueblo. La gente se enteraría y hablaría de ello. Bueno, ¿y qué? De todos modos era mejor que este peligro. "Sí, eso debe hacerse", se dijo a sí mismo, y en ese mismo momento estaba mirándola sin mover los ojos. "¿A dónde va?" se preguntó de repente. Ella, al parecer, lo había visto en la ventana y ahora, después de mirarlo y tomar a otra mujer de la mano, se dirigía hacia el jardín balanceando enérgicamente el brazo. Sin saber por qué ni para qué, simplemente de acuerdo con lo que había estado pensando, fue a la oficina.

Vasili Nikolaich, vestido de fiesta y con el cabello engrasado, estaba sentado tomando el té con su esposa y un invitado que llevaba un pañuelo oriental.

"Quiero hablar contigo, Vasili Nikolaich".

"Por favor, di lo que quieras. Ya hemos terminado el té".

"No. Prefiero que salgas conmigo".

"En seguida; solo déjame buscar mi gorra. Tanya, apaga el samovar", dijo Vasili Nikolaich, saliendo alegremente. A Eugene le pareció que Vasili había estado bebiendo, pero ¿qué se podía hacer? Quizás fuera mejor, simpatizaría más fácilmente con él en sus dificultades.

"He venido de nuevo a hablar sobre ese mismo asunto, Vasili Nikolaich", dijo Eugene, "sobre esa mujer".

"¿Qué pasa con ella? Les dije que no la contrataran de nuevo bajo ninguna circunstancia".

"No, he estado pensando en general y esto es lo que quería consultarte. ¿No es posible alejarlos, enviar a toda la familia lejos?"

"¿A dónde se les puede enviar?" dijo Vasili, desaprobador e irónico, como le pareció a Eugene.

"Bueno, pensé en darles dinero, o incluso algo de tierra en Koltovski, para que ella no esté aquí".

"Pero, ¿cómo se les puede enviar lejos? ¿A dónde va a ir él, arrancado de sus raíces? ¿Y por qué deberías hacerlo? ¿Qué daño puede hacerte ella?"

"Ah, Vasili Nikolaich, debes entender que sería terrible para mi esposa enterarse".

"Pero, ¿quién se lo va a decir?"

"¿Cómo puedo vivir con este temor? Todo el asunto es muy doloroso para mí".

"Pero realmente, ¿por qué te afliges? ¿Quién remueve el pasado, fuera con su ojo! ¿Quién no es pecador ante Dios y culpable ante el Zar, como dice el refrán?"

"Aún así sería mejor deshacerse de ellos. ¿No puedes hablar con el marido?"

"Pero no tiene sentido hablar. Eh, Eugene Ivanich, ¿qué te pasa? Todo es pasado y olvidado. Pasan todo tipo de cosas. ¿Quién diría ahora algo malo de ti? Todos te ven".

"Pero aún así, ve y habla con él".

"Está bien, hablaré con él".

Aunque sabía que no saldría nada de ello, esta conversación calmó algo a Eugene. Sobre todo, le hizo sentir que, por la excitación, había estado exagerando el peligro.

¿Había ido a encontrarse con ella por cita? Era imposible. Simplemente había ido a pasear por el jardín y ella había salido corriendo al mismo tiempo.

XIV

Después de la cena, ese mismo Domingo de la Trinidad, Liza, mientras caminaba desde el jardín hasta el prado, donde su esposo quería mostrarle el trébol, dio un paso en falso y cayó al cruzar una pequeña zanja. Cayó suavemente, de lado; pero exclamó, y su esposo vio una expresión en su rostro no solo de miedo sino de dolor. Él estaba a punto de ayudarla a levantarse, pero ella lo apartó con la mano.

"No, espera un poco, Eugene", dijo ella, con una débil sonrisa, y lo miró con culpa, como le pareció a él. "Solo se me torció el pie".

"Ahí está, siempre lo digo", comentó Varvara Alexeevna, "¿puede alguien en su condición saltar zanjas?"

"Pero está bien, mamá. Me levantaré enseguida". Con la ayuda de su esposo, se levantó, pero inmediatamente se puso pálida y parecía asustada.

"Sí, no me siento bien", y le susurró algo a su madre.

"¡Oh, Dios mío, qué has hecho! Dije que no deberías ir allí", gritó Varvara Alexeevna. "Espera, llamaré a los sirvientes. ¡No debe caminar! ¡Debe ser cargada!"

"No tengas miedo, Liza, yo te llevaré", dijo Eugene, poniendo su brazo izquierdo alrededor de ella. "Agárrame del cuello. Así". Y agachándose, puso su brazo derecho bajo sus rodillas y la levantó. Nunca pudo olvidar después la expresión de sufrimiento y, sin embargo, beatífica de su rostro.

"Soy demasiado pesada para ti, querido", dijo ella con una sonrisa. "Mamá está corriendo, ¡dile!" Y se inclinó hacia él y lo besó. Evidentemen-

te quería que su madre viera cómo la estaba llevando.

Eugene le gritó a Varvara Alexeevna que no se apurara, y que llevaría a Liza a casa. Varvara Alexeevna se detuvo y comenzó a gritar aún más fuerte.

"La vas a soltar, seguro que la vas a soltar. Quieres destruirla. ¡No tienes conciencia!"

"Pero la estoy llevando excelentemente".

"No quiero ver cómo matas a mi hija, y no puedo". Y corrió alrededor de la curva del sendero.

"No importa, pasará", dijo Liza, sonriendo.

"Sí, solo espero que no tenga consecuencias como la última vez". "No. No hablo de eso. Eso está bien. Me refiero a mamá. Estás cansado. Descansa un poco".

Aunque le resultaba pesado, Eugene llevó orgullosa y alegremente su carga a la casa y no la entregó a la criada y al cocinero que Varvara Alexeevna había encontrado y enviado a su encuentro. La llevó al dormitorio y la puso en la cama.

"Ahora vete", dijo ella, y atrayendo su mano hacia ella, la besó. "Annushka y yo nos las arreglaremos bien".

Mary Pavlovna también corrió desde sus habitaciones en el ala. Desvistieron a Liza y la acostaron en la cama. Eugene se sentó en la sala de estar con un libro en la mano, esperando. Varvara Alexeevna pasó por su lado con un aire tan reprochablemente sombrío que él se sintió alarmado.

"¿Y bien, cómo está?", preguntó.

"¿Cómo está? ¿De qué sirve preguntar? Probablemente es lo que querías cuando hiciste saltar a tu esposa sobre la zanja".

"¡Varvara Alexeevna!", exclamó. "Esto es imposible. Si quieres atormentar a la gente y envenenar su vida" (quería decir, "entonces ve a hacerlo en otro lugar", pero se contuvo). "¿Cómo es que no te duele?"

"Ahora ya es demasiado tarde". Y agitando su gorro de manera triunfal, salió por la puerta.

La caída realmente había sido mala; el pie de Liza se había torcido torpemente y había peligro de que tuviera otro aborto involuntario. Todos sabían que no había nada que hacer excepto que ella debía permanecer acostada tranquilamente, pero aun así decidieron enviar a buscar a un médico.

"Estimado Nikolay Semenich", escribió Eugene al médico, "siempre has sido tan amable con nosotros que espero que no rehúses venir en ayuda de mi esposa. Ella..." y así sucesivamente. Después de escribir la carta, fue a los establos para organizar los caballos y el carruaje. Había que preparar caballos para traer al médico y otros para llevarlo de vuelta. Cuando una finca no se maneja a gran escala, tales cosas no se pueden decidir rápidamente sino que deben considerarse. Después de organizarlo todo y enviar al cochero, ya pasaban de las nueve cuando regresó a la casa. Su esposa estaba acostada y dijo que se sentía perfectamente bien y sin dolor. Pero Varvara Alexeevna estaba sentada con una lámpara protegida de Liza por algunas hojas de música y tejiendo una gran colcha roja, con un semblante que decía que después de lo sucedido la paz era imposible, pero que ella al menos haría su deber sin importar lo que hicieran los demás.

Eugene notó esto, pero, para aparentar como si no lo hubiera hecho, intentó asumir un aire alegre y tranquilo y contó cómo había elegido los caballos y qué bien había galopado la yegua, Kabushka, como caballo de izquierda en la troika.

"Sí, claro, es justo el momento para ejercitar a los caballos cuando se necesita ayuda. Probablemente el médico también será arrojado a la zanja", comentó Varvara Alexeevna, examinando su tejido bajo sus gafas y acercándolo a la lámpara.

"Pero sabes que teníamos que enviar de una manera u otra, e hice el mejor arreglo que pude".

"Sí, recuerdo muy bien cómo tus caballos galoparon conmigo bajo el arco de la entrada". Esta era una fantasía suya desde hacía tiempo, y ahora Eugene fue imprudente al señalar que eso no era exactamente lo que había sucedido.

"No es en vano que siempre he dicho, y a menudo he comentado al príncipe, que lo más difícil de todo es vivir con personas que no son sinceras ni honestas. Puedo soportar cualquier cosa, excepto eso".

"Bueno, si alguien tiene que sufrir más que otro, ciertamente soy yo", dijo Eugene. "Pero tú..."

"Sí, es evidente".

"¿Qué?"

"Nada, solo estoy contando mis puntos".

En ese momento, Eugene estaba de pie junto a la cama y Liza lo miraba, y una de sus manos húmedas fuera de la colcha agarró su mano y la apretó. "Soporta por mi bien. Sabes que ella no puede impedir que nos amemos", decía su mirada.

"No volveré a hacerlo. No es nada", susurró, y besó su mano larga y húmeda y luego sus ojos afectuosos, que se cerraron mientras los besaba.

"¿Puede ser lo mismo otra vez?" preguntó. "¿Cómo te sientes?"

"Tengo miedo de decirlo por temor a equivocarme, pero siento que él está vivo y vivirá", dijo ella, mirando su vientre.

"Ah, es terrible, terrible pensar en ello".

A pesar de la insistencia de Liza para que se fuera, Eugene pasó la noche con ella, apenas cerrando un ojo y listo para atenderla.

Pero ella pasó bien la noche, y si no hubieran enviado a buscar al médico, quizás se habría levantado.

Para la hora de la cena llegó el médico y, por supuesto, dijo que aunque si los síntomas se repetían podría haber motivo de preocupación, en realidad no había síntomas positivos, pero como tampoco había indicaciones contrarias, se podría suponer por un lado que... y por otro lado que... Por lo tanto, debía permanecer acostada y que "aunque no me gusta recetar, aún así debería tomar esta mezcla y permanecer tranquila". Además de esto, el médico dio a Varvara Alexeevna una conferencia sobre anatomía femenina, durante la cual Varvara Alexeevna asintió significativamente con la cabeza. Habiendo recibido su honorario, como de costumbre, en la parte más trasera de su palma, el médico se fue y la paciente se quedó en cama durante una semana.

XV

Eugene pasó la mayor parte de su tiempo al lado de la cama de su esposa, hablando con ella, leyéndole y, lo que era más difícil, soportando sin quejarse los ataques de Varvara Alexeevna, e incluso logrando convertir estos en bromas.

Pero no podía quedarse en casa todo el tiempo. En primer lugar, su esposa lo enviaba lejos, diciendo que se enfermaría si siempre permanecía con ella; y en segundo lugar, las labores agrícolas progresaban de una manera que exigía su presencia en cada paso. No podía quedarse en casa, sino que tenía que estar en los campos, en el bosque, en el jardín, en la era de trillar; y en todas partes lo perseguía no solo el pensamiento sino la imagen vívida de Stepanida, y solo ocasionalmente la olvidaba. Pero eso no habría importado, tal vez podría haber dominado su sentimiento; lo peor de todo era que, mientras anteriormente había vivido meses sin verla, ahora continuamente se encontraba con ella. Ella evidentemente entendía que él quería renovar las relaciones con ella y trataba de cruzarse en su camino. No se dijo nada ni por él ni por ella, y por lo tanto ninguno de los dos iba directamente a un encuentro, sino que solo buscaban oportunidades de encontrarse.

El lugar más posible para que se encontraran era en el bosque, donde las campesinas iban con sacos a recolectar hierba para sus vacas. Eugene sabía esto y por eso iba allí todos los días. Todos los días se decía a sí mismo que no iría, y todos los días terminaba yendo al bosque y, al escuchar el sonido de las voces, se paraba detrás de los arbustos con el corazón encogido para ver si ella estaba allí.

Por qué quería saber si era ella quien estaba allí, no lo sabía. Si hubiera sido ella y hubiera estado sola, no habría ido hacia ella, o eso creía, habría huido; pero quería verla.

Una vez se encontró con ella. Mientras él entraba en el bosque, ella salía de él con otras dos mujeres, llevando un pesado saco lleno de hierba en la espalda. Un poco antes quizás se habrían encontrado en el bosque. Ahora, con las otras mujeres allí, ella no podía volver hacia él. Pero aunque se daba cuenta de esta imposibilidad, se quedó durante mucho tiempo detrás de un arbusto de avellano, corriendo el riesgo de llamar la atención de las otras mujeres. Por supuesto, ella no regresó, pero él se quedó allí mucho tiempo. Y, cielos, ¡cómo su imaginación la hizo parecer deliciosa! Y esto no solo una vez, sino cinco o seis veces, y cada vez con más intensidad. Nunca le había parecido tan atractiva, y nunca había estado tan completamente en su poder.

Sentía que había perdido el control de sí mismo y se había vuelto casi loco. Su severidad consigo mismo no había disminuido ni un ápice; por el contrario, veía toda la abominación de su deseo e incluso de su acción, porque ir al bosque era una acción. Sabía que solo necesitaba acercarse a ella en cualquier lugar oscuro, y si era posible tocarla, y cedería a sus sentimientos. Sabía que solo la vergüenza ante la gente, ante ella y sin duda ante sí mismo, lo retenía. Y sabía también que había buscado condiciones en las que esa vergüenza no sería evidente, la oscuridad o la proximidad, en las que sería sofocada por la pasión animal. Y por lo tanto sabía que era un miserable criminal, y se despreciaba y odiaba a sí mismo con toda su alma. Se odiaba a sí mismo porque aún no se había rendido: todos los días rezaba a Dios para que lo fortaleciera, para que lo salvara de perecer; todos los días se determinaba que a partir de ese día no daría un paso para verla y la olvidaría. Todos los días ideaba medios para liberarse de esta tentación, y usaba esos medios.

Pero todo fue en vano.

Uno de los medios era la ocupación continua; otro era el trabajo físico intenso y el ayuno; un tercero era imaginarse a sí mismo la vergüenza que caería sobre él cuando todos lo supieran, su esposa, su suegra y la gente de alrededor. Hizo todo esto y le pareció que estaba conquistando, pero llegó el mediodía, la hora de sus encuentros anteriores y la hora en que se había en-

contrado con ella llevando la hierba, y fue al bosque. Así pasaron cinco días de tormento. Solo la vio de lejos y no se encontró con ella ni una sola vez.

XVI

Liza se estaba recuperando gradualmente, podía moverse y solo estaba preocupada por el cambio que había ocurrido en su esposo, que no entendía.

Varvara Alexeevna se había ido por un tiempo, y el único visitante era el tío de Eugene. Mary Pavlovna estaba como siempre en casa.

Eugene estaba en su estado semi-insano cuando llegaron dos días de lluvia torrencial, como suele suceder después de un trueno en junio. La lluvia detuvo todo el trabajo. Incluso dejaron de acarrear estiércol debido a la humedad y el barro. Los campesinos se quedaron en casa. Los pastores se agotaron con el ganado y finalmente lo llevaron a casa. Las vacas y las ovejas vagaban por los pastizales y corrían sueltas por los terrenos. Las campesinas, descalzas y envueltas en chales, chapoteando en el barro, corrían buscando las vacas fugitivas. Arroyos fluían por todas partes a lo largo de los caminos, todas las hojas y toda la hierba estaban empapadas de agua, y los arroyos fluían incesantemente desde las canaletas a los charcos burbujeantes. Eugene se sentó en casa con su esposa, que ese día estaba particularmente molesta. Ella le preguntó varias veces a Eugene la causa de su descontento, y él respondió con irritación que no pasaba nada. Ella dejó de preguntarle, pero seguía angustiada.

Estaban sentados después del desayuno en la sala de estar. Su tío, por centésima vez, estaba relatando invenciones sobre sus conocidos de la sociedad. Liza estaba tejiendo una chaqueta y suspiraba, quejándose del clima y de un dolor en la parte baja de la espalda. El tío le aconsejó que se acostara y pidió vodka para él mismo. Eugene estaba terriblemente aburrido en la

casa. Todo era débil y aburrido. Leyó un libro y una revista, pero no entendió nada de ellos.

"Debo salir a ver la máquina raspadora que trajeron ayer", dijo él, y se levantó y salió.

"Llévate un paraguas".

"Oh, no, tengo un abrigo de cuero. Y solo voy hasta la sala de hervido".

Se puso las botas y el abrigo de cuero y fue a la fábrica; y no había dado veinte pasos cuando se encontró con ella que venía hacia él, con las faldas recogidas por encima de las pantorrillas blancas. Caminaba, sosteniendo el chal en el que su cabeza y hombros estaban envueltos.

"¿A dónde vas?", dijo él, sin reconocerla en el primer instante. Cuando la reconoció, ya era demasiado tarde. Ella se detuvo, sonriendo, y lo miró fijamente durante mucho tiempo.

"Estoy buscando un ternero. ¿A dónde vas con este clima?" dijo ella, como si lo viera todos los días.

"Ven al cobertizo", dijo él de repente, sin saber cómo lo dijo. Era como si alguien más hubiera pronunciado las palabras.

Ella mordió su chal, guiñó un ojo y corrió en la dirección que llevaba del jardín al cobertizo, y él continuó su camino, con la intención de desviarse más allá del arbusto de lila e ir allí también.

"Amo", escuchó una voz detrás de él. "La señora lo está llamando y quiere que regrese por un minuto".

Era Misha, su criado.

"¡Dios mío! Esta es la segunda vez que me salvas", pensó Eugene, y de inmediato dio la vuelta. Su esposa le recordó que había prometido llevar un medicamento a la hora de la cena a una mujer enferma, y sería mejor que lo llevara consigo.

Mientras preparaban el medicamento, transcurrieron unos cinco minutos, y luego, al irse con el medicamento, dudó en ir directamente al cobertizo por temor a ser visto desde la casa, pero tan pronto como estuvo fuera de la vista, rápidamente giró y se dirigió hacia allí. Ya la veía en su imaginación

dentro del cobertizo sonriendo alegremente. Pero ella no estaba allí, y no había nada en el cobertizo que indicara que había estado allí.

Ya estaba pensando que no había venido, que no había escuchado o entendido sus palabras, las había murmurado por la nariz como si tuviera miedo de que ella las escuchara, o tal vez no había querido venir. "¿Y por qué imaginé que se apresuraría a mí? Ella tiene su propio esposo; solo yo soy tan desgraciado como para tener una esposa, y buena, y correr tras otra". Así pensaba sentado en el cobertizo, cuyo tejado tenía una gotera y goteaba desde su paja. "Pero qué delicioso sería si viniera, sola aquí en esta lluvia. Si solo pudiera abrazarla una vez más, que pase lo que pase. Pero podría saber si ha estado aquí por sus huellas", reflexionó. Miró el suelo pisoteado cerca del cobertizo y el camino cubierto de hierba, y la huella fresca de pies descalzos, e incluso de uno que había resbalado, era visible.

"Sí, ha estado aquí. Bueno, ahora está decidido. Dondequiera que la vea, iré directamente a ella. Iré a ella por la noche". Se sentó durante mucho tiempo en el cobertizo y lo abandonó exhausto y abatido. Entregó el medicamento, regresó a casa y se acostó en su habitación para esperar la cena.

XVII

Antes de la cena, Liza se acercó a él y, aún preguntándose cuál podría ser la causa de su descontento, comenzó a decir que temía que él no estuviera de acuerdo con la idea de que ella fuera a Moscú para su parto, y que había decidido que se quedaría en casa y bajo ninguna circunstancia iría a Moscú. Él sabía cuánto temía tanto el parto en sí como el riesgo de no tener un hijo sano, y por lo tanto no pudo evitar sentirse conmovido al ver cuán dispuesta estaba a sacrificarlo todo por él. Todo era tan agradable, tan placentero, tan limpio en la casa; y en su alma era tan sucio, despreciable y repugnante. Toda la noche Eugene estuvo atormentado por saber que, a pesar de su sincera repulsión por su propia debilidad, a pesar de su firme intención de romper, lo mismo sucedería mañana.

"No, esto es imposible", se decía a sí mismo, caminando de un lado a otro en su habitación. "Debe haber algún remedio para esto. ¡Dios mío! ¿Qué debo hacer?"

Alguien golpeó a la puerta como lo hacen los extranjeros. Sabía que debía ser su tío. "Adelante", dijo.

El tío había venido como un embajador auto designado por Liza. "¿Sabes? Realmente noto que hay un cambio en ti", dijo, "y Liza — Entiendo lo preocupada que está. Entiendo que debe ser difícil para ti dejar todo el negocio que has empezado tan excelentemente, pero *que veux-tu*? Te aconsejaría que te fueras. Será más satisfactorio tanto para ti como para ella. Y sabes, te aconsejaría que fueras a Crimea. El clima es hermoso y hay un ex-

celente *accoucheur* allí, y llegarías justo a tiempo para la mejor temporada de uvas."

"Tío", exclamó de repente Eugene. "¿Puedes guardar un secreto? Un secreto que es terrible para mí, un secreto vergonzoso".

"Oh, vamos, ¿realmente sientes alguna duda sobre mí?"

"Tío, puedes ayudarme. No solo ayudar, ¡sino salvarme!" dijo Eugene. Y la idea de revelar su secreto a su tío, a quien no respetaba, la idea de mostrarse en la peor luz y humillarse ante él, era agradable. Se sentía despreciable y culpable, y deseaba castigarse.

"Habla, querido, sabes cuánto te aprecio", dijo el tío, evidentemente complacido de que hubiera un secreto y que fuera vergonzoso, y de que se le comunicara, y de que él pudiera ser útil.

"Primero debo decirte que soy un desgraciado, un inútil, un sinvergüenza, un verdadero sinvergüenza".

"¿Qué estás diciendo...", comenzó su tío, como si se ofendiera.

"¿Qué? ¿No soy un desgraciado cuando yo, el esposo de Liza, Liza! Solo hay que conocer su pureza, su amor, y que yo, su esposo, quiera serle infiel con una campesina".

"¿Qué es esto? ¿Por qué quieres serle infiel? ¿No has sido infiel a ella?"

"Sí, al menos lo mismo que serle infiel, porque no dependía de mí. Estaba listo para hacerlo. Fui detenido, o de lo contrario yo...ahora. No sé qué habría hecho..."

"Pero por favor, explícame..."

"Bueno, es así. Cuando era soltero, fui lo suficientemente estúpido como para tener relaciones con una mujer aquí en nuestro pueblo. Es decir, solía tener encuentros con ella en el bosque, en el campo..."

"¿Era bonita?" preguntó su tío.

Eugene frunció el ceño ante esta pregunta, pero estaba tan necesitado de ayuda externa que hizo como si no la hubiera escuchado y continuó:

"Bueno, pensé que esto era solo casual y que lo rompería y se acabaría. Y lo rompí antes de mi matrimonio. Durante casi un año no la vi ni pensé en

ella". A Eugene mismo le pareció extraño escuchar la descripción de su propia condición. "Entonces, de repente, no sé por qué, realmente a veces se cree en la brujería, la vi, y un gusano se metió en mi corazón; y me roe. Me reprocho a mí mismo, entiendo el horror completo de mi acción, es decir, del acto que puedo cometer en cualquier momento, y sin embargo, yo mismo me vuelvo hacia él, y si no lo he cometido, es solo porque Dios me preservó. Ayer iba a verla cuando Liza me llamó".

"¿Qué, bajo la lluvia?"

"Sí. Estoy agotado, tío, y he decidido confesarte y pedir tu ayuda". "Sí, por supuesto, es algo malo en tu propia finca. La gente se enterará. Entiendo que Liza es débil y que es necesario protegerla, pero ¿por qué en tu propia finca?"

Nuevamente, Eugene trató de no escuchar lo que decía su tío y se apresuró a llegar al meollo del asunto.

"Sí, sálvame de mí mismo. Eso es lo que te pido. Hoy fui detenido por casualidad. Pero mañana o la próxima vez nadie me detendrá. Y ella lo sabe ahora. No me dejes solo".

"Sí, está bien", dijo su tío, "pero ¿realmente estás tan enamorado?"

"Oh, no es eso en absoluto. No es eso, es una especie de poder que me ha atrapado y me retiene. No sé qué hacer. Tal vez gane fuerza, y entonces..."

"Bueno, resulta como sugerí", dijo su tío. "Vámonos a Crimea".

"Sí, sí, vámonos, y mientras tanto estarás conmigo y hablarás conmigo".

XVIII

El hecho de que Eugene confiara su secreto a su tío y, más aún, los sufrimientos de su conciencia y el sentimiento de vergüenza que experimentó después de aquel día lluvioso, lo hicieron recapacitar. Se decidió que partirían hacia Yalta en una semana. Durante esa semana, Eugene fue a la ciudad para conseguir dinero para el viaje, dio instrucciones desde la casa y la oficina sobre la administración de la finca, volvió a ser alegre y amigable con su esposa y comenzó a despertar moralmente.

Así, sin haber visto a Stepanida después de aquel día lluvioso, partió con su esposa hacia Crimea. Allí pasaron dos excelentes meses. Recibió tantas impresiones nuevas que le pareció que el pasado se había borrado de su memoria. En Crimea se encontraron con conocidos anteriores y se hicieron especialmente amigos de ellos, y también hicieron nuevas amistades. La vida en Crimea fue una continua fiesta para Eugene, además de ser instructiva y beneficiosa. Allí se hicieron amigos del ex Mariscal de la Nobleza de su provincia, un hombre inteligente y de mentalidad liberal que tomó cariño a Eugene y lo orientó, atrayéndolo a su partido.

A finales de agosto, Liza dio a luz a una hermosa y saludable hija, y su parto fue sorprendentemente fácil.

En septiembre regresaron a casa, los cuatro, incluyendo al bebé y su nodriza, ya que Liza no podía amamantarla ella misma. Eugene volvió a casa completamente libre de los horrores anteriores y como un hombre nuevo y feliz. Habiendo pasado por todo lo que un esposo experimenta cuando su esposa tiene un hijo, la amaba más que nunca. Su sentimiento por el niño

cuando lo tomó en sus brazos fue un sentimiento nuevo, divertido, muy agradable y, por así decirlo, cosquilleante. Otra novedad en su vida ahora era que, además de su ocupación con la finca, gracias a su conocimiento con Dumchin (el ex Mariscal), un nuevo interés ocupaba su mente, el del Zemstvo, en parte un interés ambicioso, en parte un sentimiento de deber. En octubre habría una Asamblea especial, en la que sería elegido. Después de llegar a casa, condujo una vez a la ciudad y otra vez a Dumchin.

De los tormentos de su tentación y lucha había olvidado incluso pensar, y con dificultad podía recordarlos. Le parecía algo así como un ataque de locura que había sufrido.

Hasta tal punto se sentía ahora libre de ello que ni siquiera temía hacer preguntas en la primera ocasión en que se quedó solo con el administrador. Como había hablado con él sobre el asunto anteriormente, no le daba vergüenza preguntar.

"¿Y Sidor Pechnikov sigue fuera de casa?" preguntó.

"Sí, todavía está en la ciudad".

"¿Y su esposa?"

"Oh, ella es una mujer sin valor. Ahora está liada con Zenovi. Se ha soltado completamente".

"Bueno, eso está bien", pensó Eugene. "¡Qué maravillosamente indiferente soy a ello! ¡Cómo he cambiado".

XIX

Todo lo que Eugene había deseado se había hecho realidad. Había obtenido la propiedad, la fábrica estaba trabajando con éxito, las cosechas de remolacha eran excelentes y esperaba un gran ingreso; su esposa había tenido un hijo satisfactoriamente, su suegra se había ido y había sido elegido por unanimidad para el Zemstvo.

Regresaba a casa desde la ciudad después de la elección. Había sido felicitado y había tenido que dar las gracias. Había cenado y bebido unas cinco copas de champán. Ahora se le presentaban planes de vida completamente nuevos y estaba pensando en ellos mientras conducía a casa. Era el verano indio: un camino excelente y un sol caliente. Mientras se acercaba a su casa, Eugene estaba pensando en cómo, como resultado de esta elección, ocuparía entre la gente la posición que siempre había soñado; es decir, una en la que podría servirles no solo mediante la producción, que daba empleo, sino también mediante una influencia directa. Se imaginaba lo que él y los demás campesinos pensarían de él en tres años. "Por ejemplo, este", pensó, pasando justo entonces por el pueblo y mirando a un campesino que cruzaba la calle con una mujer campesina llevando un cubo lleno de agua. Se detuvieron para dejar pasar su carruaje. El campesino era el viejo Pechnikov y la mujer era Stepanida. Eugene la miró, la reconoció y se alegró de sentir que permanecía completamente tranquilo. Todavía era tan atractiva como siempre, pero esto no lo tocaba en absoluto. Condujo a casa.

"¿Podemos felicitarte?" dijo su tío.

"Sí, fui elegido".

"¡Excelente! ¡Debemos brindar por eso!"

Al día siguiente, Eugene condujo para ocuparse de la agricultura que había estado descuidando. En la granja de afuera, una nueva máquina trilladora estaba en funcionamiento. Mientras la observaba, Eugene se movió entre las mujeres, tratando de no prestarles atención; pero por mucho que lo intentara, una o dos veces notó los ojos negros y el pañuelo rojo de Stepanida, que llevaba la paja. Una o dos veces la miró de reojo y sintió que algo estaba sucediendo, pero no podía explicárselo a sí mismo. Solo al día siguiente, cuando volvió a conducir al lugar de trilla y pasó dos horas allí innecesariamente, sin dejar de acariciar con sus ojos la figura familiar y atractiva de la joven mujer, sintió que estaba perdido, irremediablemente perdido. De nuevo esos tormentos. De nuevo todo ese horror y miedo, y no había salvación. Lo que esperaba le sucedió. La noche del día siguiente, sin saber cómo, se encontró en su patio trasero, junto a su cobertizo de heno, donde una vez en otoño habían tenido un encuentro. Como si estuviera paseando, se detuvo allí encendiendo un cigarrillo. Una mujer campesina vecina lo vio, y cuando él se dio la vuelta, escuchó cómo le decía a alguien: "Ve, él te está esperando, te lo juro por mi muerte, está parado allí. Ve, tonta".

Vio cómo una mujer, ella, corría hacia el cobertizo de heno; pero como un campesino lo había encontrado, ya no era posible para él regresar, así que se fue a casa.

XX

Cuando entró en el salón, todo le pareció extraño e irreal. Esa mañana se había levantado vigoroso, decidido a dejarlo todo atrás, olvidarlo y no permitirse pensar en ello. Pero sin darse cuenta de cómo había ocurrido, durante toda la mañana no solo no se había interesado en el trabajo, sino que había tratado de evitarlo. Lo que antes le había animado y sido importante, ahora le parecía insignificante. Inconscientemente, intentó liberarse de los negocios. Le pareció que tenía que hacerlo para poder pensar y planear. Y se liberó y se quedó solo. Pero tan pronto como estuvo solo, comenzó a vagar por el jardín y el bosque. Y todos esos lugares estaban manchados en su recuerdo por recuerdos que lo atrapaban. Sentía que estaba caminando por el jardín y fingiendo que estaba pensando en algo, pero que en realidad no estaba pensando en nada, sino esperando insana e irracionalmente por ella; esperando que por algún milagro ella supiera que él la estaba esperando y viniera de inmediato y fuera a algún lugar donde nadie los viera, o viniera por la noche cuando no hubiera luna y nadie, ni siquiera ella misma, viera. En una noche así vendría y él tocaría su cuerpo...

"Ahora, hablando de romper cuando quiero", se dijo a sí mismo. "Sí, y eso es tener una mujer limpia y saludable por el bien de mi salud. ¡No, parece que no se puede jugar con ella así! Pensé que la había tomado, pero fue ella quien me tomó; me tomó y no me deja ir. Pensé que era libre, pero no era libre y me estaba engañando cuando me casé. Todo era un sinsentido, un fraude. Desde que la tuve, experimenté un nuevo sentimiento, el verdadero sentimiento de un esposo. Sí, debería haber vivido con ella.

"Una de dos vidas es posible para mí: la que comencé con Liza: servicio, administración de la finca, el niño y el respeto de la gente. Si eso es vida, es necesario que ella, Stepanida, no esté allí. Debe ser enviada lejos, como dije, o destruida para que no exista. Y la otra vida es esta: llevarla lejos de su marido, pagarle dinero, despreciar la vergüenza y la desgracia, y vivir con ella. Pero en ese caso es necesario que no exista Liza, ni Mimi (el bebé). No, eso no es así, el bebé no importa, pero es necesario que no haya Liza, que se vaya, que sepa, me maldiga y se vaya. Que sepa que la he cambiado por una campesina, que soy un engañador y un sinvergüenza. ¡No, eso es demasiado terrible! Es imposible. Pero podría suceder", continuó pensando. "Podría suceder que Liza se enfermara y muriera. Morir, y entonces todo sería estupendo.

"¡Estupendo! ¡Oh, sinvergüenza! No, si alguien debe morir, debería ser Stepanida. Si ella muriera, qué bien sería".

"Sí, así es como los hombres llegan a envenenar o matar a sus esposas o amantes. Coger un revólver, ir a llamarla y, en lugar de abrazarla, dispararle en el pecho y acabar con todo. Realmente ella es... un demonio. Simplemente un demonio. Se ha apoderado de mí contra mi voluntad.

¿Matar? Sí. Solo hay dos salidas: matar a mi esposa o a ella. Porque es imposible vivir así. (Empieza el final alternativo aquí). ¡Es imposible! Debo considerar el asunto y mirar hacia adelante. Si las cosas siguen como están, ¿qué sucederá? Volveré a decirme que no lo deseo y que la dejaré, pero serán solo palabras; por la noche estaré en su patio trasero, y ella lo sabrá y saldrá. Y si la gente lo sabe y se lo dice a mi esposa, o si se lo digo yo mismo, porque no puedo mentir, no podré vivir así. ¡No puedo! La gente lo sabrá. Todos lo sabrán: Parasha y el herrero. Bueno, ¿es posible vivir así?

¡Imposible! Solo hay dos salidas: matar a mi esposa o matarla a ella. Sí, o si no... Ah, sí, hay una tercera salida: matarme a mí mismo", dijo suavemente, y de repente un escalofrío recorrió su piel. "Sí, matarme a mí mismo, entonces no necesitaré matarlas". Se asustó, porque sintió que solo esa salida era posible. Tenía un revólver. "¿Realmente me mataré? Es algo en lo que nunca pensé... qué extraño será..."

Regresó a su estudio y de inmediato abrió el armario donde estaba el revólver, pero antes de que pudiera sacarlo de su funda, su esposa entró en la habitación.

XXI

Lanzó un periódico sobre el revólver.

"¡Otra vez lo mismo!" dijo ella horrorizada al mirarlo. "¿Qué es lo mismo?"

"Esa misma expresión terrible que tenías antes y que no quisiste explicarme. Jenya, querido, dime qué es. Veo que estás sufriendo. Dímelo y te sentirás mejor. Sea lo que sea, será mejor que sufrir así. ¿No sé acaso que no puede ser algo malo?"

"¿Tú sabes? Mientras..."

"Dime, dime, dime. No te dejaré ir."

Él sonrió con una sonrisa lastimera.

"¿Debo decirlo? -- No, es imposible. Y no hay nada que contar."

Quizás él podría haberle contado, pero en ese momento entró la nodriza para preguntar si debía salir a pasear. Liza salió para vestir al bebé.

"Entonces, ¿me lo dirás? Volveré enseguida."

"Sí, quizás..."

Liza nunca pudo olvidar la sonrisa lastimera con la que él dijo esto. Ella salió.

Apresuradamente, sigilosamente como un ladrón, agarró el revólver y lo sacó de su funda. Estaba cargado, sí, pero hacía mucho tiempo, y faltaba un cartucho.

"Bueno, ¿cómo será?" Se puso el arma en la sien y dudó un poco, pero tan pronto como recordó a Stepanida—su decisión de no verla, su lucha, tentación, caída y lucha renovada—, se estremeció de horror. "No, esto es mejor", y apretó el gatillo...

Cuando Liza entró corriendo en la habitación—solo había tenido tiempo de bajar del balcón—, él estaba tendido boca abajo en el suelo: la sangre negra y caliente brotaba de la herida, y su cadáver se retorció.

Hubo una investigación. Nadie pudo entender o explicar el suicidio. Ni siquiera pasó por la cabeza de su tío que la causa pudiera tener algo en común con la confesión que Eugene le había hecho dos meses antes.

Varvara Alexeevna aseguró que siempre lo había previsto. Era evidente por su manera de discutir. Ni Liza ni Mary Pavlovna podían entender en absoluto por qué había sucedido, pero aún así no creían lo que decían los médicos, es decir, que estaba mentalmente trastornado, un psicópata. No podían aceptarlo, pues sabían que él era más cuerdo que cientos de sus conocidos.

Y de hecho, si Eugene Irtenev estaba mentalmente trastornado, todos están en la misma situación; las personas más mentalmente trastornadas son ciertamente aquellas que ven en los demás indicaciones de locura que no notan en sí mismas.

FINAL ALTERNATIVO

"Sí, hay que matar, sí. Solo hay dos salidas: matar a mi esposa o matarla a ella. Porque es imposible vivir así", se dijo a sí mismo, y yendo a la mesa, tomó de ella un revólver y, después de examinarlo —faltaba un cartucho—, lo puso en el bolsillo de su pantalón.

"¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo?" exclamó de repente, y juntando sus manos comenzó a rezar.

"Oh Dios, ayúdame y líbrame. Tú sabes que no deseo el mal, pero por mí mismo soy impotente. Ayúdame", dijo, haciendo la señal de la cruz en su pecho frente al icono.

"Sí, puedo controlarme. Saldré, caminaré y reflexionaré".

Fue al vestíbulo, se puso el abrigo y salió al porche. Inconscientemente, sus pasos lo llevaron por el jardín a lo largo del camino del campo hacia la granja. Allí, la máquina trilladora todavía zumbaba y se oían los gritos de los jóvenes conductores. Entró en el granero. Ella estaba allí. La vio de inmediato. Estaba recogiendo el trigo, y al verlo, corrió rápida y alegremente, con ojos risueños, recogiendo ágilmente el trigo esparcido. Eugene no pudo evitar mirarla aunque no quería hacerlo. Solo se dio cuenta cuando ella ya no estaba a la vista. El empleado le informó que ahora estaban terminando de trillar el trigo que había sido derribado, por eso iba más lento y la producción era menor. Eugene se acercó al tambor, que de vez en cuando daba un golpe cuando pasaban bajo él gavillas no alimentadas uniformemente, y le preguntó al empleado si había muchas gavillas de trigo derribado.

"Habrá cinco carretadas de eso".

"Entonces mira..." comenzó Eugene, pero no terminó la frase. Ella se había acercado al tambor y estaba recogiendo el trigo de debajo, y lo quemó con sus ojos risueños. Esa mirada hablaba de un amor alegre y despreocupado entre ellos, del hecho de que ella sabía que él la deseaba y había ido a su cobertizo, y que ella, como siempre, estaba lista para vivir y ser feliz con él sin importar las condiciones o consecuencias. Eugene se sintió en su poder pero no quería ceder.

Recordó su oración e intentó repetirla. Comenzó a decirla para sí mismo, pero de inmediato sintió que era inútil. Un solo pensamiento lo absorbía por completo ahora: cómo organizar un encuentro con ella para que los demás no se dieran cuenta.

"Si terminamos este lote hoy, ¿vamos a empezar con una nueva pila o lo dejamos para mañana?" preguntó el empleado.

"Sí, sí", respondió Eugene, siguiéndola involuntariamente hasta el montón al que ella y las otras mujeres estaban rastrillando el trigo.

"Pero, ¿realmente no puedo dominarme?" se dijo a sí mismo. "¿Realmente he perecido? ¡Oh Dios! Pero no hay Dios. Solo hay un diablo. Y es ella. Me ha poseído. Pero no quiero, ¡no quiero! Un diablo, sí, un diablo."

De nuevo se acercó a ella, sacó el revólver del bolsillo y le disparó, una, dos, tres veces, en la espalda. Ella corrió unos pasos y cayó sobre el montón de trigo.

"¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué es eso?" gritaron las mujeres.

"No, no fue un accidente. La maté a propósito", gritó Eugene. "Llamen al oficial de policía".

Regresó a casa y se dirigió a su estudio, donde se encerró, sin hablar con su esposa.

"No vengas a mí", le gritó a través de la puerta. "Lo sabrás todo".

Una hora más tarde tocó el timbre y le dijo al criado que respondió: "Ve y averigua si Stepanida está viva".

El criado ya sabía todo al respecto y le dijo que había muerto hace una hora.

"Bien, está bien. Ahora déjame solo. Cuando llegue el oficial de policía o el magistrado, avísame".

El oficial de policía y el magistrado llegaron a la mañana siguiente, y Eugene, después de despedirse de su esposa y su bebé, fue llevado a la cárcel.

Fue juzgado. Era durante los primeros días de los juicios por jurado, y el veredicto fue de locura temporal, por lo que solo fue condenado a realizar penitencias en la iglesia.

Había estado encarcelado durante nueve meses y luego fue confinado en un monasterio durante un mes.

Comenzó a beber mientras estaba en prisión, continuó haciéndolo en el monasterio y regresó a casa como un borracho debilitado e irresponsable.

Varvara Alexeevna aseguraba que siempre había predicho esto. Según ella, era evidente por la forma en que discutía. Ni Liza ni Mary Pavlovna podían entender cómo había sucedido el asunto, pero aun así, no creían lo que decían los médicos, es decir, que estaba mentalmente perturbado, un psicópata. No podían aceptar eso, porque sabían que él era más cuerdo que cientos de sus conocidos.

Y de hecho, si Eugene Irtenev estaba mentalmente perturbado cuando cometió este crimen, entonces todos están igualmente locos. Las personas más mentalmente perturbadas son ciertamente aquellas que ven en otros indicios de locura que no notan en sí mismos.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB